



# DARK STREET

SOFÍA RHEI

edebé

**periscopio**

**DARK STREET**



SOFÍA RHEI

# DARK STREET



**edebé**

© Sofía Rhei, 2024

© Ed. Cast.: Edebé, 2024

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Coordinadora de la Producción:* Elisenda Vergés-Bo

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Imagen de cubierta:* Shutterstock

1.<sup>a</sup> edición, febrero 2024

ISBN: 978-84-683-7059-0

Depósito legal: B. 18647-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Jesús Cañadas,  
maestro de las calles oscuras.*



## Capítulo 1

**E**stá ahí, detrás de esa esquina... No sé exactamente cómo lo sé, pero estoy seguro.

Noto la sangre pulsando detrás de las orejas. Una sensación de alerta, casi insoportable, en todo el cuerpo. Cada músculo, tenso como un cable de acero...

Lo único que puedo hacer es quedarme quieto y esperar detrás del árbol. Si él ya sabe que estoy aquí, acabará por venir a buscarme y, al menos, todo habrá terminado. Pero si todavía no se ha dado cuenta, quizá tenga una oportunidad de despistarlo. Por una vez.

La calle está mojada de lluvia. Los adoquines negros reflejan la luz rojiza de las farolas casi como espejos. Me aprieto el pecho con los brazos para tratar de calmar los latidos, tan fuertes que duelen.

Entonces oigo el silbido. Un sonido tan horrible que no podría describirlo. ¿Puede una simple nota de música ser malvada? Claro que sí. Y esa nota parece surcar el aire en mi dirección. Es como si se dirigiera exactamente hacia donde estoy yo... Otra cosa imposible pero real. Al menos para mí.

Siento la tentación de salir huyendo, de correr todo lo deprisa que me permitan las piernas. No soporto la incertidumbre, la angustia de saber que están a punto de atraparme. Conozco muy bien la teoría. La experiencia



me dice que es mejor esconderme, que nunca jamás he conseguido escaparme corriendo de una situación como esta... Sin embargo, mi cuerpo está tan nervioso que doy un paso en falso. Es como si mis piernas necesitaran emprender la huida, a pesar de que mi cerebro les ordene lo contrario.

¡Y ese paso ansioso es mi perdición! Las suelas chapotean en un charco, y eso es suficiente para que el finísimo oído del Flautista descubra mi ubicación.

En tres zancadas está frente a mí, con su traje de retazos multicolores. Violeta, negro y rojo.

—¿De verdad creías que ibas a poder escaparteee?  
—me pregunta con su vocecita chillona.

Intenta agarrarme del brazo, pero yo soy más rápido y lo evito. Ahora sí que me echo a correr. Sé que terminará por atraparme, porque sus piernas son el doble de largas que las mías, pero al menos ganaré un poco de tiempo. Y mi corazón tendrá un verdadero motivo para latir.

También sé que no debería correr. El suelo está mojado y resbala, mis suelas son de goma y podría caerme y romperme la cabeza. Pero es que preferiría destrozarme los sesos contra el pavimento a ser atrapado.

Las cámaras de los drones me rodean, como siempre, igual que una plaga de insectos. Oigo sus zumbidos, volando a mi alrededor, y me concentro en odiarlas con todas mis fuerzas. Mi pensamiento reconfortante más habitual viene a socorrerme y me imagino que tengo en las manos un bate de béisbol gigante, y que las golpeo una a una hasta que dejan de zumbar y caen al suelo, muertas como moscas.

Es solo una fantasía. Nunca podría librarme de las cámaras. Si consiguiera destrozar realmente una de ellas, tendría que pagar su astronómico precio y además podrían demandarme. Así que sigo corriendo, ordenándoles a mis músculos que vayan todavía más rápido, todavía más rápido..., hasta que siento cómo el Flautista pierde distancia. Lo tengo justo detrás.

Alarga su brazo y me roza la espalda. El escalofrío me hace ir más deprisa, algo que no sé cómo puede pasar. Siento que los oídos se me taponan del miedo. Por favor, que no me haga lo de las agujas. Cualquier cosa menos esa...

El Flautista me engancha la ropa y me hace perder el equilibrio. Pero en lugar de caer al suelo, me quedo colgando por la sudadera, que el Flautista está sujetando. Mi cara está a tres centímetros del suelo helado de piedra.

—¡Cada vez corres más deprisa! ¡Es divertidísimo!

La risa del Flautista me quita cualquier esperanza de librarme. Reconozco su tono más malvado y sádico. No me cabe duda de que me va a hacer lo de las agujas.

Me sujeta por las axilas y me levanta en vilo. Al dejarme caer, me apoya contra la pared húmeda y acerca su cara de loco a la mía.

—¿Es que no sabes que nunca podrás escaparte?

Las cámaras nos rodean, acercándose para no perder detalle de mi expresión de terror. En una de ellas se ilumina un *teleprompter* en letras rojas: «Suplica que te deje escapar».

Trago saliva. Aunque odio tener que decir esas palabras, no puedo desobedecer a las cámaras.

—Deja..., deja que me vaya. Por favor.

Al Flautista le brillan los ojos. Realmente está disfrutando con esta escena.

—Eso te gustaría mucho, ¿verdad? Librarte por una vez. Irte a casita con tu mamá.

No respondo. No hay nada que pueda decir, o que pueda hacer. La escena seguirá su curso previsto haga lo que haga yo. Él me tiene sujeto con su mano izquierda, apretándome el pecho contra la pared, y lo que supongo que son personas de Producción me están sujetando los brazos y las piernas.

El Flautista se quita un alfiler del sombrero. Exactamente lo que me temía.

—Hoy vamos a probar algo diferente. ¿Qué tal tu ojo izquierdo? ¡Me han dicho que lo tienes vago, así que tampoco te sirve para mucho!

—¡No! —chillo, aterrado—. ¡No puedes hacer eso!

La cabeza me da vueltas, y me revuelvo con toda la rabia del mundo. Pero no consigo liberarme. Son demasiados adultos contra un chico de trece años.

—Si yo fuera tú, dejaría de moverme. Puede ser muy perjudicial para ese ojito color caramelo.

—¡Suéltame! ¡No puedes hacer esto!

Parece que él está convencido de que sí que puede. Y me acerca el alfiler al ojo con la sonrisa más malvada que le he visto nunca.

—¡Nooooo!